

Las Grandes Films

DIRECTOR: FRANCISCO-MARIO BUSTAMANTE

BLUE SKIES

1924

Hijos del Pecado

Sentimental novela, interpretada por
HELEN TWELVETREES

BY FRANK ALBERTSON



Superproducción «Primera categoría»

FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
debido por
la censura

Hijos del Pecado

A manera de prólogo

El asunto de esta película es tan sencillo, tan corto, que, apenas empezado, puede terminarse, por decirlo así.

Sin embargo, contiene tal fondo de verdades, tanta amargura, que es un ejemplo para la humanidad.

El mérito de esta producción no se basa en la fama de los artistas que la interpretan, sino en sí misma, y éste es, acaso, el mayor elogio que pueda hacerse de ella; porque, en muchos casos, la película sólo tiene de importante el renombre de los artistas que intervienen en la farsa, y esto, incontrovertiblemente, no basta. Lo esencial es el asunto.

"Hijos del pecado" podía haberse titulado de otro modo: "Hijos abandonados", por ejemplo, o bien: "Víctimas inocentes": porque, al hablar de los chicos del hospicio, no nos atrevemos a considerar a todos hijos del pecado, sino del amor, del vicio o de la inconsciencia.

¡Infelices criaturas! ¡Infelices padres!
¡Somos tan poca cosa!

Si reflexionáramos un poco, el mundo sería otra cosa. Deberíamos preocuparnos un tanto más de nuestros semejantes, aliviar sus dolores y hacerles participar de nuestras alegrías. Todos somos hermanos, dijo Dios, y debemos amarnos los unos a los otros; pero estamos lejos de pensar en las palabras divinas, impulsados por la corriente egoísta de la vida, que nos empuja hacia un alarmante individualismo.

No despreciéis a las mujeres caídas. Antes al contrario, apiadáos de ellas y ayudadlas a regenerarse. ¿Sabéis, acaso, por qué motivos perdieron su dignidad? Fuera hipocresía, y, la mano sobre el corazón, preguntémonos: "¿Quién fué el villano que las empujó a la degradación?" Y, aunque la culpa no incumbiese a nadie más que al

vicio, al afán de vivir sin alma, seamos persuasivos, no hagamos nunca astillas del árbol caído y demos gracias a Dios por conservarnos fuertes en este pícaro mundo.

Errores del amor que no fué vicio, sino pasión devoradora, llevan a los hospicios a inocentes criaturas que no conocerán jamás las ternuras maternas, lo más puro que tiene la tierra, sea quien sea la madre, y esos no son hijos del pecado, sino del amor, que es un pecado al fin y al cabo, pero cometido a sabiendas y, por lo tanto, de menos trágica pronunciación. No son hijos del vicio, sino hijos del pecado de haber amado ciegamente. El pecado, el verdadero pecado, viene luego, con el abandono del fruto de dicho amor, por conveniencias, por exigencias o por cobardía.

Hay otros asilados que no merecen tampoco el nombre de hijos del pecado, tan doloroso y agresivo. Son los hijos de los pobres que no pueden mantenerlos, que los abandonan, a costa de mucha amargura, para que a su lado no se mueran de hambre. Hijos de nómadas, de los desamparados que caen aquí, se levantan allá y vuelven a caer en todas partes, como guiñapos humanos

que esperan resignadamente su triste fin, sin nadio para cerrarles los ojos al morir.

¡Piedad para esos ángeles de los hospicios!

¿No les habéis visto cruzar las calles en largas filas, uniformados, sin sonreír, mirándolo todo con cara de asombro?

¿No os habéis enternecido al contemplarles tan niños, tan inocentes y decirlos que no tienen padres?

¡Qué cosa más terrible! ¿No tienen padres! Entonces, ¿qué tienen en el mundo?

A nadie. La protección oficial, solamente. Personas asalariadas que cuidan de ellos, con buena voluntad, es de creer y de desear; y nada más.

¡Infelices!

No hay otro espectáculo más imponente, después del de la muerte camino de la última morada, que el desfile de los niños del hospicio.

Al verles, la gente no puede reprimir unas miradas de compasión, y las madres, instintivamente, estrechan las manitas de sus hijitos, con ese temor de que pudieran

ser como los otros niños, que de buena gana jugaría con el suyo.

Algunos hombres y mujeres palidecerán al observar a los pájaros sin alegría que son esos infelices, porque acaso, en un instante de crueldad, abandonaron sin esperanzas de recuperación al fruto de un pecado de amor, de vicio o de inconsciencia.

¿Y no les cae la cara de vergüenza, y no se les parte el corazón al considerarse causa de la infelicidad de una indefensa criatura?

El pecador se purifica purgando sus culpas, y lo mismo para un hombre que para una mujer, el amparar, contra todo y contra todos, a un hijo, es lo más sublime que puede cometer.

La influencia que ejerce la visión de los hijos del hospicio, es notable en las almas sensitivas, y, como dato emocionante de esta aseveración, vamos a referir la historia de una mujer de todos, que se regeneró gracias a un desfile de niños sin nadie.

Era joven y agraciada. Por ambas cosas la requerían de amores todos los muchachos del barrio.

Juanita, así llamada, cometió la tontería

de creerse irresistible, y sus ambiciones eran altas, pues quería verse rodeada de riqueza, de criados y de amistades que cantasen sin cesar su hermosura.

Conoció a un elegante joven, rico y mundano, y Juanita, creyendo encontrar en él lo que buscaba, aunque poniendo amor en el cálculo, pues él era un muchacho agradable, dejóse seducir; y, una vez realizado su capricho, el conquistador concretó lo que ella sería para él hasta que ella quisiera: su amiga, a base de una pensión mensual.

Este fué el primer desengaño de Juanita, y así empezó a descender por la pendiente de la profesión.

Al cabo de cinco años, había descendido de categoría. Su amigo de turno era un empleado de cierto Banco, con buen sueldo, pero que no alcanzaba para asignarle a ella ni la tercera parte de lo que le entregaba el primer amigo que tuvo.

Además, Juanita tenía una hija. Estuvo tentada de abandonarla, viendo en ella un serio obstáculo para seguir desarrollando su vida de pecado; pero un resto de dignidad le hizo variar de opinión, y mandó a su hi-

jita al campo, con unos labriegos que accedieron a cuidar de ella a cambio de cierto importe mensual, en señalar cuya cantidad no se quedaron, por cierto, cortos.

Y Juanita fué viviendo su vida, sin dejar de mandar nunca, por rutina más que porque pensaba en su hijita, la mensualidad.

Un buen día, hallándose tomando café con su amigo en la terraza del Lion d'Or, Juanita vió pasar, por la misma acera del café y por el centro de la Rambla, a numerosas niñas vestidas de comunión, blancas como la pureza misma y hermosas como la candidez.

Las niñas iban acompañadas de sus madres o de sus hermanas, y sonreían, orgullosas de ir vestidas como los propios ángeles, llevando en su diestra unos lirios para ofrendarlos a la Santísima Virgen, su buena madrina.

Entre las niñas vió Juanita, además, a varios pequeñuelos representando, con suma propiedad, a diversos Santos, para figurar en la procesión que saldría aquella tarde de la iglesia de Santa Mónica.

Piensa grave para los mayores, De alegría para los pequeños.

Juanita no pudo sustraerse al deseo de ver la procesión, y cuando su amigo le indicó que era ya hora de tomar un taxi y dirigirse a los toros, ella le suplicó que no fuesen, pues prefería quedarse en la Rambla, frente a la iglesia de Santa Mónica, para asistir al paso de la procesión.

—¡Pero si ya tengo las entradas, mujer! —le dijo el amigo.

—No le hace, Jaime. Puedes venderlas. El camarero puede ofrecerlas a cualquiera de los que acuden a todas partes a última hora, y que él debe conocer.

—La combinación no puede ser mejor, y siento tener que perderla. Vamos, mujer, que tiempo tendrás de ver procesiones en tu vida. En cambio, corridas como la de hoy, se verán muy pocas.

—Ve tú, Jaime, y a la noche nos veremos en casa. No hemos de reñir por eso. Tú, aquí, a mi lado, viendo la procesión, te aburrirías, y yo, yendo a los toros esta tarde, estaría aquí con el pensamiento. Por lo tanto, es preferible que nos separemos esta tarde, para que cada cual pase la fiesta lo mejor posible.

—Si insistes...

—No tienes por qué disculparte, Jaime. Tú eres muy aficionado a los toros, y es natural que hoy, más que nunca, quieras ir. Mira, yo me sentaré en una de esas sillas de pago, y luego tú vienes a recogerme. ¿No te parece?

—Siendo así...

—¿Ves cómo todo se arregla con buena voluntad?

Se separaron. Jaime hacia los toros, Juanita quedándose frente a la iglesia de Santa Mónica, sentada en una de las sillas de paja colocadas a ambos lados de la Rambla.

Las niñas vestidas de comunión iban llegando, solas o por grupos, y algunas lo hacían con las profesoras de su colegio, llevando música detrás de ellas, y delante la enseña de la institución.

Juanita se iba emocionando por momentos. Nunca había experimentado la sensación de alegría y tristeza a un mismo tiempo que embargaba su corazón. Y era que nunca se había fijado con tanto cariño como aquella tarde en las criaturas vestidas de blanco.

De pronto, se anunció la salida de la procesión. Los reyes gigantes se encargaron de

abrir el paso, haciendo las delicias de los pequeñuelos, muchos de los cuales se sentían empavorecidos y no se apartaban ni por asomo de las faldas de sus madres, y seguidamente fueron desfilando numerosas niñas, todas preciosas, con carita sana, iluminada.

Juanita no lo pudo remediar. Al decirle a su amigo que no quería ir con él, sabía, estaba completamente segura, que quedándose a ver la procesión, sufriría. Pero, así y todo, insistió en quedarse y no se arrepentía, a pesar de que, sin poderlo remediar, como hemos apuntado, lloraba.

Y, ¿sabéis por qué derramaba amargas lágrimas, que sorbía como un dulce veneno?

Porque pensaba en su hijita, abandonada en el campo con gente extraña, que la trataría bien, sí, pero que no podría darle los mimos de ella, de su madre.

¡Y estaban tan lindas las niñas vestidas de comunión!

Y, ¿qué decir de sus madres? ¡Cuán orgullosas las contemplaban al paso de la procesión, comparándolas unas a otras, con sentido favorable siempre para sus hijas?

Una niña que se hallaba cerca de Juanita, y que iba con una mujer en cuyo regazo dormitaba un niño de pecho, se fijó en que aquella lloraba, y, con esa adorable ingenuidad de las criaturas, se la quedó mirando, haciendo una mueca que lo mismo equivalía a deseos de llorar también o a curiosidad tan sólo. Luego, una de las manitas se posó en la rodilla de Juanita, y notándolo la madre, la riñó:

—Luisa, no molestes a la señora.

Juanita había estado contemplando a la niña, y al oír el reproche de la madre, contestó a ésta, a tiempo que cogía en brazos a Luisita:

—Déjela, señora... A mí me gustan mucho los chiquillos.

Luisita seguía mirando a Juanita, y, de súbito, le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Juanita la estrechó contra su corazón, y repuso, esforzándose en sonreír:

—Es de alegría, Luisita, porque yo tengo una niña como tú y me quiere mucho, ¿sabes?

—¿Y no la has traído aquí?

—No... no ha podido... porque...

En aquel momento, como si alguien la mirase detrás de ella, Juanita se volvió y fijóse en un espectáculo que lastimó de un modo definitivo su corazón: las niñas del hospicio.

Toda su sangre agolpóse a su rostro y sintió como si se le desgarrase el alma. Aquellas infelices criaturas que pasaban, casualmente, al margen de la procesión, ofrecían amargo contraste con la felicidad de las niñas vestidas de blanco como ángeles. Estas eran las hijas felices, aquéllas, las hijas de nadie.

Y Juanita pensó en su niña, que no sabía aún de sus besos ni de sus cantos maternales; que era, como las del asilo, una hija abandonada, porque no es madre la que se limita a pagar una pensión por sus hijos, sino la que comparte sus penas y alegrías y tiene, aún en las horas de mayor desconsuelo, un canto suave para acallar, con el sueño, los sufrimientos o las inquietudes de sus retoños.

El dinero no hace la maternidad, sino, y en eso estriba la santidad de la madre, en la ternura.

Luisita no cesaba de mirar a Juanita, y,

de nuevo, dibujóse en su cara de rosa aquella mueca indefinible, tan triste, tan interrogante, que no pasó inadvertida para la cuitada, quien no pudo cesar en su llanto.

Entonces la niña, contrariamente a lo que hizo la primera vez que la vió llorar, se acurrucó junto a ella y la dejó vaciar su emoción en raudales de lágrimas, como si comprendiera que no debía interrumpir su dolor.

Y, repentinamente, Juanita vió ante sí a Cristo, bajo palio, custodiado como rey de reyes, y se postró de hinojos, sin soltar de sus brazos a Luisita, a la que tenía muy junto a su corazón.

Parecía una madre que mostrase a Jesús, el Piadoso, a su hijita enferma, implorándole el milagro de su curación. Y curación pedía Juanita, pero no para su hija, sino para ella misma, porque en tan sagrados momentos la llenó de inefable ventura el arrepentimiento, como la hermosa María de Magdala, y ansiaba ser buena, trabajar dignamente, recuperando a su hija, para hacer dichosa a ésta y merecer su estimación con su honradez.

Y reaccionando súbitamente, después de

desaparecer de su vista la adorada imagen del Salvador, Juanita sonrió a Luisita, la cubrió de besos, compróle flores, bombones, confetti en bolas y un plumerito, y gozó en su deliciosa charla, haciéndose la ilusión de que era su hijita quien estaba a su lado mirándola con gratitud.

Nadie sospechaba allí que Juanita fuese lo que era. La confianza de la madre de Luisita lo demostraba, y, cuando llegó la hora en que Jaime podía presentarse a recogerla, levantóse de su silla, despidióse de la niña y de la madre, y se apartó discretamente, para ver llegar a su amigo.

Y aquella noche, en su hogar, Juanita informó a Jaime de su determinación, es decir, de su cambio de vida; y él, generoso, aprobó su conducta, separándose de ella como los mejores amigos del mundo y ofreciéndose a ayudarla siempre que lo necesitase.

—Gracias, Jaime. Has sido un buen hombre para mí y no te olvidaré fácilmente; pero me debo a mi hijita, y ella es antes que yo misma, ¿verdad, Jaime?

—Verdad, mujer.

Y, al marcharse, Jaime dejó en un cajón del tocador de Juanita unos billetes.

Era un bien nacido.

Y desde el domingo siguiente, Juanita, que había encontrado trabajo en su antiguo oficio, vivió con su hijita Mercedes, que puso en el siempre solitario hogar el encanto de una olorosa flor de perenne perfume y el eterno canto de un ruiseñor de oro.

Y como la virtud tiene siempre su premio, para Juanita llegó un día el verdadero amor: Jaime.

—He sido trasladado a Bilbao, y vengo a decirte que quiero que me acompañes, Juanita—le dijo.

—¿Y mi hijita, Jaime?

—Cuando dejaste de ser mi amiga para ser madre, pensé que una mujer tan buena como tú no debes vivir sola, y hasta ahora no me ha sido posible venir a proponerte si quieres casarte conmigo, como yo quiero.

—¡Jaime!

—Anda, anda, nada de escenitas, que no nos conocemos tú y yo de hoy. Yo soy así. Quiero porque quiero. De modo que, para tus cosas y las de la chica, y, recién casaditos, nos marcharemos al Norte, a ver

si me encuentro a Uzcudun y le pego un portazo por ganar tanto dinero y tener, otros que lo merecen más, tan poco.

—Eres un gran hombre, Jaime, y te voy a querer con toda mi sangre!

—No te pongas Sara Bernarda, que a mí se me indigesta el huevo con tomate. Tú no sabes una cosa, y te lo voy a decir. Yo no tengo padres, muchacha... Yo soy un chico del hospicio, y no hay mayor honra para mí que la de unirme a la mujer que supo ser buena por obra de los desamparados que no saben lo que es una madre.

Juanita no pudo reprimir un profundo sollozo, y ahora sí que Jaime lloró también, dejando para luego, cuando hubiesen fundido sus lágrimas, como pacto de amor sublime, sus ocurrencias y su buen humor.

Francisco-Mario BISTAGNE

Hijos del Pecado

Argumento de la película

Es de noche. En el dormitorio de un asilo particular, dormitaban unos treinta chiquillos.

La sala estaba envuelta en sombras y sólo se oía el suave respirar de las criaturas, alternando con los resoplidos del viento, que hacía crujir puertas y ventanas.

De pronto, un niño, el más pequeño de todos, se puso a llorar, presa de pánico, en su lecho, y ante el escándalo armado, los demás muchachos se levantaron de sus respectivas camas, mirando desde las mismas hacia el llorón.

Uno de los asilados, el que por su noble espíritu se había granjeado las simpatías de todos, que le consideraban como jefe,

se acercó al hermanito de infortunio y le consoló:

—¿Qué te pasa, Miguelín?

—Tengo miedo, Ricardito—repuso el pequeño, saltando de sus ojitos gruesos lagrimones.

—¿Miedo estando nosotros aquí? Nos haces muy poco favor, Miguelín.

—¿Tengo mucho miedo, Ricardito, mucho miedo!

—Bueno, Matasiete, no te apures. Yo me voy a estar aquí para que no tengas miedo. Pero, a ver si te duermes pronto, ¿eh? No hay remedio mejor que el sueño.

—No puedo dormir, Ricardito.

—¿Y si te cuento un cuento?

—No sé...

Los demás niños, al oír que Ricardito se disponía a contarle una de sus bellas historias a Miguelín, se llamaron unos a otros, despertando a los que no se habían incorporado aún en sus lechos.

—Venid todos... Ricardito nos va a contar otro cuento.

Habían de ser muy interesantes las narraciones a que Ricardito tenía acostumbrados a sus hermanitos de asilo, para que

éstos abandonasen el descanso para escucharle.

En un abrir y cerrar de ojos, todos le rodearon, junto a la camita de Miguelín, que se iba apaciguando viéndose tan bien guardado de los duendes y fantasmas que había estado soñando.

Y Ricardito les contó una historia imaginada por él con ayuda de relatos leídos en algún libro.

"Érase una madre—les dijo—que mecía la cuna de su hijito, cantándole canciones arrulladoras.

"El niño no tenía sueño, pero la voz de la madre, tan suave, tan dulce, se iba adentrando en él, y parecía cerrarle lentamente los ojitos.

"Fuera, hacía mucho viento, y muchos muebles crujían.

"El nene, al oír esos crujidos, se despertaba, y el rumor del huracán reflejaba el terror en su carita.

"Era inútil que su mamita le dijese que estando ella allí no tenía que temer nada, porque ella, de ser preciso, lucharía con cien leones.

"En vista de ello, la cariñosa madre, que

no podía ver sufrir a su niño, pensó que dirigiéndose a Dios Nuestro Señor, que todo lo puede, lograría su anhelo.

"Asomóse a la ventana y oró: "Señor, que mi hijita se duerma pronto y no tenga ninguna pesadilla. Haz cesar el viento, Señor."

"Y Dios le dijo al viento: "No asustes a los niños, o no te dejaré soplar más."

"Y el viento dijo: "¿Cómo voy a disipar los nubarrones si no soplo recio?"

"Sí, ya sé que cumples con tu obligación, Viento—le contestó el Señor—, pero no soples tan fuerte en las ventanas de los dormitorios de los niños, porque no les dejas descansar, y, si no duermen por la noche, al día siguiente se levantan ojerosos y sin ganas de hacer nada."

"Cumpliré tu santa voluntad, mi Dios, pero algo habré de soplar: díselo Tú a los niños, para que sepan que si lo hago es a fin de que al día siguiente hallen el cielo azul, limpio de todo celaje.

"De modo que, amiguitos — terminó diciendo Ricardito—, no os debéis asustar por que oigáis soplar al viento en la ventana, y como Miguelín se ha quedado dormido, y

era esto lo que se trataba de demostrar, podemos acostarnos de nuevo, y a descansar."

Los asilados iban a volver a sus lechos, cuando sintieron llegar a la directora, mujer excesivamente severa, que asumía su cargo de responsable de cuanto ocurriese en el asilo, exagerando la nota de la responsabilidad, friamente, como si dirigiese una empresa comercial.

Ni que decir tiene que todos los niños se metieron de cabeza o como pudieron en sus respectivas camas, aprovechando la ocasión uno de los niños para meterse en un lecho que no era el suyo, porque acababa de humedecer la sábana de éste, interesando asimismo el colchón, por haberse hecho aguas sin darse cuenta.

Ricardito tenía un buen amigo en el perro del asilo, y lo ocultó en su lecho, para evitar que la directora tuviese motivo de meterse con él, saliendo perjudicado el pobre can.

La directora, una vez dentro del dormitorio, encendió la luz de gas que se hallaba junto a la puerta y examinó, en amplia ojicada, la estancia, encontrándolo todo confor-

me, cuando, en realidad, la mayoría de chiquillos estaba alerta.

Un poco después, desaparecida que fué la directora, Ricardito se levantó de su lecho y, asomándose a la ventana, silbó de un modo especial, como si hiciese una señal a una persona que se comunicase con él de tal suerte.

No tuvo que esperar mucho la respuesta a esa señal, pues a poco se oyó, procedente de la habitación de al lado, otro silbido, más fino, más suave, pero de idénticas ondulaciones que el de Ricardito.

Y Ricardito, al mirar, desde la suya, la ventana de al lado, vió a una encantadora niña, que tenía una muñeca en sus lindas manos.

La habitación inmediata era el dormitorio de las niñas asiladas, pues el asilo era mixto y había tantas niñas como niños.

Los dos chiquillos se sonrieron cariñosamente, y, cual dos perfectos enamorados, miráronse largamente.

Ricardito, adorándola, preguntó a la niña:

—Creí que tú también tenías miedo, Dorothy...

—¿Por qué, Ricardito?

—Como sopla tan fuerte el viento...

—Yo no le temo al viento... y estando tú cerca de mí...

—¿Ha pasado ya la directora?

—Sí... Antes de entrar a vuestro dormitorio, vino al nuestro.

—¿Tu muñeca tampoco tiene sueño?

—Está tan desvelada como yo.

—Y tan chiquita como tú, aunque no tan bonita.

—Como es de trapo; pero es tan buena, que la quiero mucho.

—Como yo a ti.

—Y como yo a ti.

—Yo te quiero más.

—No sé, Ricardito... pero yo te quiero mucho.

—¿Quieres dejarme besar tu muñeca?

—Si la beso yo, también puedes besarla tú. Tómala.

Dorothy alargó el bracito para entregar la muñeca a Ricardito; pero se le desprendió de la mano y aquélla fué a caer al jardín del asilo, en el preciso momento que subían las cortas escalerillas que conducían al interior del edificio, la directora y el jardinero.

Los dos asilados temblaron de pies a cabeza; pero quiso la Providencia que el jardinero recogiese la muñeca sin que la directora lo viese, y, gracias a la protección del buen vicjo, que quería a los pequeñuelos de aquella institución con cariño de abuelo, Dorothy y Ricardito se libraron de una reprimenda de la severa directora.

Y la muñeca volvió a manos de Dorothy, quien premió con un beso la bondad del jardinero, que podía haberle acarreado un disgusto, de haber sido descubierto su gesto por la directora.

Los días fueron deslizándose con la misma monotonía de siempre para los asilados.

Todas las mañanas se repetían los mismos ejercicios, no cambiaban nunca las personas y el mañana era tan incierto para ellos como desde que ingresaron en el asilo.

Cierta día, a la hora de comer, los chiquillos comentaron, alborozados, que para postre tenían helado.

El jardinero y criado del asilo se presentó en el comedor con una bandeja en que reposaban varios platitos de helado, y fué recibido con aplausos; pero la directora aplacó los entusiasmos, dando una orden tan seca como ella.

Dorothy, mirando a Ricardito, no pudo menos de decirle:

—¡Mira, Ricardito, mira!... ¡Helados!... ¡Como los que nos gustan a ti y a mí!

Pero al hacer un gesto sobre la mesa, mientras hablaba con Ricardito, volcó, sin querer, el vaso de leche que tenía delante, y, enojadísima, la directora, la zarandeó, y, para que ello sirviera de ejemplo a los demás, como ella solía decir siempre que castigaba a alguien, le dijo:

—¡No hay helados para ti, criatura torpe! Ponte en aquel rincón.

Ricardito sintió un agudo pinchazo en su noble corazón.

¿Sería capaz la insensible directora de dejar sin helado a Dorothy, por haber desparramado, involuntariamente, la leche sobre la mesa?

Dorothy, desde el rincón en que estaba de pie, contemplaba con ojos tristes a

Ricardito, y éste correspondía a sus miradas prometiéndole algo.

Y cuando el jardinero dejó encima de la mesa el platito con el helado que le correspondía, Ricardito, sin probarlo, indicó a su vecino de mesa que lo pasase de unas manos a otras hasta hacerlo llegar, sin que nadie se diese cuenta de ello, a las de Dorothy.

El vecino complació a Ricardito, y Dorothy sonreía, pensando en lo bien que le iba a sentar aquel helado, pues desde un principio había visto la intención de su amiguito.

Pero el plato, a medida que iba pasando de unas manos a otras, iba levantando la tentación, y, de pronto, uno de los muchachos, creyendo no ser observado, se comió una cucharada del helado, pasando el resto al vecino; y cuando llegó al final de la mesa, ocupado por el asilado más gordo, y, por ende, el más tragón del instituto, el helado le tentó tanto, que, fresco ya de sí, el gordo se lo tragó todo, dejando a Dorothy sin nada, ni el plato siquiera.

Ricardito se enfureció tanto, que, no pudiendo perdonar la mala acción del gordo,

se levantó, y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se las lió a puñetazo limpio con él, sin que el jardinero pudiese separarlos, porque los puñetazos volaban tanto, que era un peligro acercarse demasiado, porque, a lo mejor, recibía un directo que lo torcía.

En tanto, la directora se hallaba en el despacho del asilo recibiendo a unos señores que, acompañados de un niño, visitaban el orfelinato con la intención de no hacer el viaje en balde.

—¡Queremos adoptar una hermanita para nuestro hijo!... ¡Es tan filántropo!—dijo la madre a la directora.

Esta miró al hijo de aquellos señores, y dijo, sin detenerse a examinarlo más que superficialmente, pues de haber ahondado en él hubiese visto que se trataba de un perfecto orgulloso, más malo que la peste:

—¡Qué caballerito más digno de elogio!

El chico torció la boca, dándoselas de salvador de la humanidad, o poco menos, y la madre, tan boba como el hijo, sin duda, añadió:

—Somos una familia... cariñosa y feliz. La niña que adoptemos se considerará a nuestro lado como en el mismo paraíso.

El chico asentía, pero lo que él quería no era una hermasita, sino una víctima de su despotismo, alguien en quien mandar a su antojo.

La directora los acompañó por todas las dependencias del asilo, y, al llegar al comedor, dijo a los visitantes, a tiempo que empujaba la puerta:

—Esta es la hora del descanso.

Y el mayor asombro se pintó en el semblante de todos al comprobar que la hora del descanso en el asilo era la dedicada, según los asilados, y, en aquel caso, según Ricardito y el gordo, a hacer prácticas de boxeo sin medir dónde pegaban.

La directora dió unas palmadas para imponer orden, y separó a los dos refidores, dirigiendo a la par furibundas miradas al jardinero, por no haber sabido evitar aquel escándalo. Luego arreglaría cuentas con él, por no haber sabido evitar que los visitantes se llevasen una mala impresión de su visita al comedor.

Ricardito salió al jardín y se colocó debajo de la ventana cerca de la cual se hallaba, castigada, Dorothy. Silbó ligeramente, para avisarla que estaba allí y se asomara; y

ella, vigilando que no la viese nadie, obedeció al deseo de su amiguito.

—Salta—le dijo Ricardito.

—¿Y si nos ven?

—La directora está hablando con esos señores, y el jardinero tiene bastante trabajo con los hermanitos, que lo van a volver loco.

—¡Oh, sí! ¡Es tan bueno, que abusamos de él!

—Eso no es abusar, Dorothy. Eso es que nosotros también le queremos mucho. Anda, baja.

Dorothy no titubeó más. La insistencia de Ricardito la había vencido, y como de allí lo que más le interesaba era él, y no decimos del mundo, porque éste, para ellos, estaba encerrado allí dentro, se arriesgó a correr el peligro que fuese, con tal de estar a su lado.

Y, muy juntitos, en el banco que se hallaba bajo la ventana del comedor, hablaron con incomparable ternura.

—Eres muy bueno, Ricardito, y te quiero más cada día.

—¿Por qué lo dices, Dorothy? Para ti, yo soy y seré siempre el mismo...

—Te quedaste sin helado por culpa mía...

—¡Bah! ¿Es por eso que decías que soy muy bueno? A poca cosa llamas tú bondad.

—Con lo que a ti te gustan los helados...

—Mira... Cuando seamos mayores, te compraré un millón de duros de helados...

—Y nos los comeremos juntos, ¿verdad?

—Juntos, claro, siempre juntos, como ahora.

Eran dos criaturas y ya hacían proyectos, como si presintieran lo que es la vida, para el porvenir.

De pronto, el jardinero se llegó hasta ellos, descubriéndoles desde lejos, pues los anduvo buscando, encontrándoles a faltar al pasar lista, y les dijo, dándoles prisa:

—¡Pronto! A formar en doble hilera. Unos ricachos quieren adoptar a un huérfano.

Dorothy y Ricardo echaron a correr hacia el centro del jardín, y se añadieron, en último lugar, a la fila, ella de las niñas, él de los niños.

La directora hizo ponerse muy tiesos a todos los chiquillos, y, acompañando a los visitantes, les iba mostrando las niñas.

Un compañero dijo a Ricardito, al ver

que los visitantes miraban sólo a las niñas:

—Perdemos otra vez, Ricardito... Quieren una niña.

Ricardito no pudo menos de observar al hijito de papá, que quería tener una hermanita.

¡Qué antipático era el nene!

¡Con qué gusto le daría de bofetones hasta hincharle los carrillos!

En efecto, el nene tenía un cara como para llenársela de directos e indirectos, porque hay rostros que parece que hayan sido moldeados en un momento de mal humor del escultor encargado del trabajito.

¡Y la cara del nene era de pronóstico! Desde luego, no merecía otra cosa quien tenía un alma tan poco clara.

El nene vió la atención con que Ricardito le observaba, y, plantándosele delante con mucho descaro, le dijo:

—¿Qué es lo que miras... huérfano?

Esta última palabra fué pronunciada con crueldad, como si el insensato hijo rico quisiera ver llorar ante sí, sin derecho a defenderse del insulto, a Ricardito, quien, no sabía por qué, también le resultaba altamen-

te desagradable. Y era, seguramente, porque el orgulloso veía en los ojos de Ricardo una inteligencia infinitamente superior a la suya.

El temor de Ricardito era que el nene se enamorase de Dorothy como hermana, y al oír cómo la directora la presentaba a los señores como la que ella les había recomendado por buena y dócil, sintió que toda la sangre le hervía, cegándole.

¡Que se iban a llevar a Dorothy!

¡Nunca!

Pero el nene la miró, la volvió a mirar, y, gustándole la mercancía, o el juguete, como ustedes quieran llamarlo, dijo, en un tono que no admitía réplica:

—Me quedo con ésta.

Las otras niñas tenían lágrimas en los párpados. Cada una de ellas confiaba salir del asilo, para conocer una vida mejor, y al verse desdeñadas experimentaban una amargura infinita...

Dorothy miraba, asustada, a Ricardito. Ella, contrariamente al deseo de las demás, no quería marcharse del asilo, si en éste se quedaba Ricardito.

Este, dispuesto a impedir que lo separa-

sen de su amiguita del alma, tiró de la chaqueta del padre del nene, y le dijo, en voz baja, pero no tanto que no fuese oído por la directora y avisando a Dorothy para que le ayudase a convencer a los señores y al nene de que lo que él decía era la pura verdad:

—No se lleven a esa niña, señor... Le dan unos ataques terribles.

Dorothy comprendió, y, ni corta ni perezosa, se arrojó sobre el nene, tumbándolo en tierra y propinándole, sentada sobre él, una paliza de padre y señor mío.

El nene, cobardón, se puso a chillar, imitándole en esto su madre y la directora, y el asilo pareció unos momentos la sucursal de un manicomio.

Al fin, el padre del nene separó a Dorothy de su retoño, que quedó lucido y con distintos cardenales, y la de los "ataques" se quedó en el asilo, y las demás niñas también. Y eso fué mejor para ellas, porque con el nene aquel hubiesen vivido peor que en el asilo, donde todos eran iguales.

Naturalmente, la directora dió lo suyo a Dorothy, y Ricardito, por instigador de la locura de Dorothy, también fué severamente amonestado.

Cuando volvieron a verse en el jardín, los dos mocositos se consolaron mutuamente.

—¿Te han pegado?—preguntóle Ricardito a Dorothy.

—Sí, pero no me han hecho daño.

—Cuando nos hayamos casado, no dejaré que nadie te pegue.

Tanta firmeza asombraba en unos chiquillos, pero Ricardito estaba seguro de que cumpliría su promesa de no separarse nunca, nunca de su amada Dorothy, porque ella y él no formaban más que una sola persona.

Pasaron algunos años.

Los dos niños, los dos enamorados eran ya unos espigados muchachos.

Varios de los antiguos asilados desaparecieron, llevados por improvisados protectores, pero quiso la suerte que Dorothy y Ricardo se quedasen allí; y su ilusión estaba en cumplir la mayoría de edad y salir de aquella institución para ser marido y mujer y procurar juntos por la vida.

Ricardito continuaba siendo el jefe de los huérfanos.

Cierta mañana, Ricardo silbó, desde lejos, a Dorothy, y ésta, abandonando su ca-



... los dos enamorados eran ya unos espigados muchachos.

nastilla de labores, fué a su encuentro, vigilando que no la vieses.

El acababa de grabar en la pared de una cabaña, por la parte exterior, dos corazones, y Dorothy, extasiada, compartió su opinión

de que pronto, pronto, realizarían su mutuo anhelo de unir de verdad sus corazones.



Ricardito continuaba siendo el jefe de los huérfanos.

—Ven—le dijo Ricardito, apresando dulcemente un brazo de Dorothy.

Y la llevó dentro de la cabaña, donde ha-

bía una máquina que había inventado Ricardito.

—¿Qué es esto? — preguntó ella, curioseando.



El acababa de grabar dos corazones.

—¡Te vas a quedar patitiesa, Dorothy amada! ¡Esto es un invento sensacional!

—¿Sí?

—Ya verás. Quizá haga fortuna con él... y así podremos ayudar a todos los hermanitos.

—¿Qué bien, Ricardito!

—Fíjate... No pierdas el menor detalle... ¿Ves estas patatas enteras? Pues ahora verás cómo salen de la máquina.

Ricardito introdujo varias patatas de buen tamaño en la máquina, giró una manivela, y, seguidamente, por un orificio de salida aparecieron trozos regulares de tubérculo perfectamente mondado.

—¡Maravilloso!—exclamó Dorothy, ingenuamente—. ¡Esta máquina se venderá mucho, sobre todo en los orfelinatos, donde hay tanta patata que mondar!

—Y en todas partes, mujer.

Pero en aquel momento, cuando Ricardito seguía dándole a la manivela, ocurrió que con las peladuras salió del orificio una pieza de la máquina y ya no hubo manera de que andase.

—No me desanimo—dijo Ricardito—. Todos los inventores, según cuentan los libros, tuvieron sus desencuentros.

Y se echaron a reír, felices como nadie podía serlo tanto como ellos.

La directora del orfelinato no era la misma de antes. La que regía el asilo a la sazón era más severa, más insensible que la

anterior. No conocía de pequeños a los asilados, y eso era un grave inconveniente, porque los trataba de modo peor que la anterior directora, la cual había ido aplacando su carácter a medida que ellos crecían.

La actual directora era una solterona, y, por lo tanto, no sabía tratar a los hijos sin madre, ni comprendía siquiera el más hermoso de los sentimientos humanos: la piedad. No. Su lema era: inflexibilidad, para que los asilados la obedeciesen y pasaran por donde a ella le conviniese hacerles pasar, a fin de que, en cualquier visita de inspección que se le hiciese, los inspectores no tuvieran nada que decir contra su método directivo.

Extrañada de la prolongada ausencia del jardín de Ricardito, preguntó por él al jardinero y a otros asilados, pero nadie supo darle razón; y buscándole por todas partes, la adusta mujer vió en la pared exterior de la barraca donde los dos jóvenes se hallaban platicando cariñosamente, los dos corazones con sus nombres respectivos.

Una mirada de odio ensombreció todavía más su rostro, y como, a través de la pared de madera, había escuchado voces dentro

de la barraca, empujó violentamente la puerta, sorprendiendo a los dos muchachos juntos, hurgando en la máquina peladora de patatas.

Ella y él no pudieron menos de estremecerse, pensando en lo que iba a suponer de ellos la antipática mujer.

—¿Conque esas tenemos, eh? — les increpó la directora—. ¿Qué hacíais aquí juntos?

—Nada malo, señora... ya puede usted verlo. Dorothy se interesaba por mi máquina de mondar y cortar patatas.

—Dorothy no debe apartarse de su sección, y será castigada severamente, lo mismo que tú.

Al decir esto, la directora pisó una peladura y resbaló, cayendo aparatosamente al suelo.

Ricardito y Dorothy huyeron, y la directora se dió a todos los demonios ante el bonito papel que había hecho cayéndose tan torpemente.

La secretaria de la directora era una asilada que, habiendo cumplido la edad reglamentaria para salir del instituto, había solicitado seguir en el mismo, pero libre,

como ayudante de la directora, y fué complacida en su petición, descansando notablemente a la vieja gruñona, pues la hija sin nadie era humilde, comprensiva y no alzaba nunca la voz para reñir a los asilados, sino que apelaba siempre a la persuasión para corregir sus defectos.

Muchas de las órdenes que daba la directora parecíanle injustas a la secretaria, y lo eran, pero, aunque a veces intentaba rebelarse, discretamente, claro está, indicando que había otros medios más recomendables para obtener tal o cual cosa, tenía que obedecer siempre, porque la solterona era terrible cuando se enfurecía.

Aquella directora era todo un caso. Así como ha habido directoras que han aplicado correctivos bárbaros a las educandas, creyéndolas hacer un bien, la vieja sin alma se complacía en hacer sentir su autoridad a los asilados; y, aquella noche, dijo a su secretaria:

—Ahora que se hallan todos en cama es una magnífica ocasión para imponerles un poco de disciplina... Toque la alarma de incendio.

La secretaria trató de oponerse, pero la

directora la obligó a hacerlo; y la campana de alarma puso en pie a los asilados de ambos sexos, con el consiguiente espanto.

Ricardo se apoderó de varios pequeñuelos que no podían salvarse por sí mismos, y Dorothy hizo lo propio con niñas de corta edad, creyendo que la alarma era fundada, ya que la campana seguía tocando como si en realidad el fuego hubiese prendido en el orfanato.

Pero cuando se hallaron, tras no pocos esfuerzos y angustias en el jardín, se enteraron del motivo de las desesperadas campanadas.

—Simulacro de incendio a diferentes horas de la noche... hasta que lo hagan mejor—dijo la directora.

El jardinero, que mandaba a Satanás a la vieja, cogió la manga de riego y cuando iba a demostrar su funcionamiento, se le disparó el chorro de agua sobre la directora, que quedó nuevecita y echando chispas, que no conseguía apagar el agua que le caía encima.

Los asilados se vengaron, riéndose de la cruel mujer que tan mal rato les había hecho pasar simulando un incendio, y Doro-

thy y Ricardito aprovecharon la circunstancia de desaparecer la directora hacia el interior para secarse y cambiarse de ropa, para escaparse a un rincón del jardín.



... para escaparse a un rincón del jardín...

Ricardito, lleno de amor, la abrazó con suavidad sin par, y le dijo al oído:

—¡Qué felicidad, vida mía, cuando hayamos salido de aquí... y tú seas mi mujercita!

—Sí, Ricardito...

Y se besaron.

—Esa mujer es tan mala—prosiguió Ri-

cardito—, que temo que quiera perjudicarnos, enterada como está de que nos queremos.



Y se besaron.

La directora se preocupaba en aquellos instantes de ellos. Precisamente, por culpa de los dos enamorados había castigado a todo el asilo simulando un incendio, y, al

echarlos en falta, los buscó por todas partes, dispuesta a encontrarlos, como vulgarmente se dice, vivos o muertos.

Al fin los halló. Divisólos de lejos y acercóse a ellos sobre la punta de los pies, sorprendiéndolos acariciándose.

Indignada, plantóse ante ellos y exclamó: —¡Desvergonzados!

Llena de rubor, Dorothy bajo la cabeza, pero Ricardito, lejos de amilanarse, miró frente a frente a la directora. ¡El quería a Dorothy, y no era pecado amarla!

La directora se llevó consigo a Dorothy y envolviendo a Ricardito en una mirada de profundo rencor, añadió:

—Y a ti ya te ajustaré las cuentas por la mañana.

¿Qué iba a ocurrir allí, Señor?

¿De qué sería capaz aquella mujer?

Unos días después, Ricardito fué requerido por sus hermanitos para que leyese lo que decía el periódico, que había caído en

manos de ellos por habérselo quitado al jardín.

Y Ricardito leyó lo siguiente:



—¡Desvergonzados!

Capitalista que busca en el asilo a una criatura de origen misterioso.

John Danforth anda en busca de un asilado que se cree está aquí.

Uno de los muchachos dijo a Ricardito, esperanzado, después de haber contemplado el retrato de ese señor John Danforth, que publicaba el periódico:



—... es mi vivo retrato, excepción hecha de la nariz.

—Ese tipo es mi vivo retrato, excepción hecha de la nariz.

Y otro, acallando las risas de los demás, sentenció:

—¿Quién será efectivamente el hijo de ese señor?

—O hija—dijo otro.

—Ya lo veremos—respondió Ricardito—. Ese caballero no tardará en venir a vernos a todos por si en alguno de nosotros ve algo que sea suyo o de su familia.

Entretanto, en el despacho de la directora presentábase un tío bruto, cuyo negocio de lavandería le daba buenos resultados, explotando a débiles mujeres, y decía a la vieja cruel:

—Soy Gibbs... el de la lavandería... ¿Dónde está esa joven fuerte que me prometió usted?

—Espere usted un momento. La mandaré llamar.

—Bien... Esperaré... pero tenga presente que llevo prisa.

La directora ordenó a su secretaria que fuese a llamar a Dorothy, y la infeliz ayudanta, palideciendo, osó decir a la cruel mujer:

—Pero, señorita Grouch... ese trabajo en la lavandería significará su muerte.

No se le ocultaba a la secretaria que lo que se proponía hacer la directora era castigar a Dorothy, y también a Ricardito, enviando a la muchacha a la lavandería, para

que supiese lo que era ganarse la vida, ya que no se portaba bien en el asilo.

Pero la directora replicó a la secretaria:

—Mejor muerta que inmoral.

Dorothy recibió con infinita pena la orden de arreglarse para marcharse con el dueño de la lavandería.

Halló a Ricardito en el jardín, y le notificó la decisión de la impía directora.

—Sí, me marcho de aquí, Ricardito, pero contra mi voluntad, bien lo sabes tú... La señorita Grouch ha dispuesto mi traslado a la lavandería.

—¿A la lavandería?

—Sí...

—¡Maldición! Te manda allí por inquina... pero yo lo he de impedir.

Y mientras la pobre Dorothy se preparaba para marcharse, Ricardito personábase en el despacho de la directora, y le decía a ésta, con furor:

—Usted no puede mandar a Dorothy a esa lavandería...

Soberbia, la directora repuso:

—Preocúpate por tu propia suerte, joven... ¡Mañana irás al reformatorio!

Ricardito, loco de dolor, prosiguió:

—¡Haga de mí lo que quiera... pero a ella déjela en paz!

—No vamos a discutir el asunto... ¡Sal de aquí!



—... le juro que acabaré con este lugar, ¿lo oye usted?

—¡Basta! Y óigame usted: si la manda usted allí, le juro que acabaré con este lugar, ¿lo oye usted?

En aquel momento, el señor John Howard Danforth hizo anunciarse a la direc-

tora. Era el señor que buscaba una criatura en el asilo.

La directora le recibió seguidamente, encontrándose todavía Ricardito en el despacho, al lado de la secretaria, quien, buena mujer, le recomendaba prudencia.

El señor Howard Danforth saludó a la directora, y, después de haberle anunciado él el motivo de su visita, ella le preguntó:

—¿Qué le induce a creer que la criatura se halla aquí, señor Danforth?

—Hace muchos años que vengo haciendo pesquisas... Las últimas noticias fueron que mi mujer murió en este pueblo... bajo un nombre supuesto... Desapareció antes de que naciera nuestro hijo... no sé si varón o hembra... Mi única esperanza de identificación consiste en que las iniciales de nuestra familia estaban bordadas en las ropas del bebé... Es una D, como esta de mi pañuelo...

El dueño de la lavandería preséntose de nuevo en el despacho, diciendo, rudamente:

—Me canso de esperar, y me parece que voy a tener que marcharme sin la mocita.

—Espere un momento, señor... La muchacha debe estar ya lista...

Y siguieron hablando el visitante y la directora.

Esta dijo al padre que buscaba a su hijo, hembra o varón:

—Le enseñaré la ropita de todos los asilados.

Ricardito había desaparecido del despacho de la directora, saltando por la ventana del mismo, y, como un loco, sin haber sido descubierto por la secretaria, quien antes le haría un favor que le perjudicaría, corrió hacia el sótano donde se guardaban las cajitas conteniendo las ropitas de cada asilado, con una etiqueta en la tapa de la caja, para saber a quién pertenecía la ropa contenida en cada caja.

El señor Danforth era el padre de Ricardito. El detalle de la D bordada en la ropita era infalible, puesto que en la ropita contenida en la cajita de Ricardito figuraba esa letra bordada. No hacía muchos días que Ricardito, deseoso de ver la ropita que llevaba encima Dorothy cuando fué depositada en el asilo, había ido al sótano y abierto su caja y la de ella.

El primer impulso del noble mozo fué arrojarse a los brazos de su padre y decir-

le que él era el hijo que él andaba buscando; pero, de súbito, pensó en Dorothy, en la lavandería, y, por amor, quiso sacrificarse. Por eso corrió al sótano, sacó las ropas de ella y las suyas, y las cambió de caja, es decir, la caja con el nombre de Dorothy contendría la ropita de Ricardito, y así, Dorothy pasaría por hija del padre de Ricardito.

Pero ocurrió que, al llegar la directora y el padre, acompañados de la secretaria, Ricardito fué sorprendido cambiando las ropas, y la directora, que le odiaba de un modo intenso, le acusó abiertamente, sin reflexionar:

—¡Estaba tratando de cambiar las ropas!

El padre, ignorando que aquel muchacho fuese su hijo, le trató con desprecio:

—Lo que querías cometer era una infamia, y Dios no protege a los hombres sin corazón.

¡Ah! ¡Cuánto dolor pasó el infeliz Ricardito! ¡Oírse tratar con desprecio por su propio padre! ¡Si él supiera!

La caja de Dorothy fué reconocida, por las ropitas halladas en la misma, como hija

del señor Danforth, y la secretaria, loca de contento fué a impedir que participase con el dueño de la lavandería.

—Ven, Dorothy... Ha llegado tu padre...

—¿Mi padre?

—Sí, ven...

Y la condujo al sótano, a presencia del padre de Ricardito.

El señor Danforth contempló a Dorothy, y, más por deseo que por realidad, dijo, complacido y estrechándola cariñosamente entre sus brazos:

—No cabe duda... ¡Es mi hija! ¡Gracias a Dios que te he encontrado!

Ella le miró con sorpresa y murmuró:

—¿Pero es cierto que es usted mi padre?

—Sí, hija mía...

Entonces Dorothy se acercó a Ricardito y le dijo:

—¡Qué suerte, amigo mío! ¡Tú vas a venir con nosotros! Yo no te dejo aquí, ya lo sabes.

Pero la directora y el padre la apartaron de él, diciéndole el segundo:

—No quiero que te acuerdes ni de su nombre. Es un cinico y un desalmado la-

drón. Trató de cambiar sus ropas por las tuyas.

Dorothy no podía creer semejante acusación, y trató de abrazarse a Ricardito y



... y, entristecida, la gentil muchacha partió, dejando su muñeca...

llevárselo, pero se lo impidieron rotundamente, y, entristecida, la gentil muchacha partió, dejando su muñeca, que tanto gustaba a Ricardito, a una de las asiladas para que viéndola Ricardito no la olvidase nun-

ca, como ella no podría olvidarle, a pesar de lo que decían de él.

La secretaria volvió junto a Ricardito, que no había salido aún del sótano, y le aconsejó, apiadada de él, viendo algo extraño en su conducta, pero sin poder dudar de su nobleza:

—Anda, Ricardito, no seas tonto... huye antes de que te lleven al reformatorio.

—Tienes razón, Daniela. ¡Gracias! ¡Eres muy buena!

Y Ricardito, coincidiendo con la marcha de su amada Dorothy, huyó del asilo.

Dorothy, reconocida públicamente como hija de Danforth, conoció la opulencia, pero no era feliz.

Muchos jóvenes la cortejaban, pero ella a ninguno hizo caso. No podía olvidar a Ricardito, y su melancolía inquietaba a su padre.

Cierta noche, con motivo de una fiesta en honor de Dorothy, Ricardito, enterado

de ello por los periódicos, no pudo resistir la tentación de ir a rondar por el jardín, deseoso de verla, siquiera de lejos, y coincidiendo con ello, en el asilo, la secretaria, al repasar documentos, se daba cuenta de que Ricardito tenía un ficha en la que constaba que en su ropita estaba bordada la letra D, que lo acreditaba como hijo del señor Danforth.

Entonces, ¿lo que hizo Ricardito no había sido intentar un cambio de ropas, en beneficio suyo, sino un cambio que hacía pasar a Dorothy por hija de Danforth? ¡Oh, sí! ¡Qué noble acción! ¡Qué generoso sacrificio!

Enteró a la directora de ello: pero ésta, que odiaba a Ricardito y quería meterlo en el Reformatorio, intentó romper el documento que hacía aparecer al noble joven como hijo del señor Danforth.

Pero la secretaria impidió tan criminal intento, y, amenazando a la directora con denunciarla a la policía si no reparaba el error cometido, se trasladó con ella a la casa del señor Danforth.

Ricardito había sido detenido por un policía particular que vigilaba la mansión en

fiesta, y, conducido a presencia del señor Danfort, éste le amonestó severamente por su intento de querer tratarse con su hija y le prohibió que reincidiera en ello, bajo amenaza de delatarlo a la policía por su tentativa de cambio de ropas, y fué entonces cuando llegaron la secretaria y la directora del asilo, revelando al padre que su verdadero hijo era Ricardito.

Este, apenado, pensando que Dorothy se perjudicaría con ello, suplicó a su padre, quien le miraba como se contempla a un ser que no es de este mundo, pues su generosa acción, que comprendía, le elevaba a una categoría divina:

—Por favor, padre mio, si esta joven ha sabido conquistar tu corazón, y deseas su felicidad como yo la deseo más que nada en el mundo, no le digas nada.

El padre accedió al ruego de su muchacho, y cuando, llamada por él, presentóse Dorothy, los dos jóvenes se abrazaron llenos de amor, llorando de alegría.

—Estaba tratando de verte... sin que tú me vieras a mí... pero ya me marchó—le dijo Ricardito.

Y ella repuso:

—Si tú te marchas me iré contigo.

El padre, emocionado, y abrazando a los nobles corazones, intervino así:



Y... se casaron.

—Ricardito se va a quedar aquí... para siempre. Y esta felicidad que por vosotros he conocido, la compartiré con cuanto huérfanito halle en mi camino.

Y... se casaron.

La nobleza de corazón encuentra siempre su premio.

FIN

Mañana aparecerá en las
selecciones

Ediciones Especiales de La No-
vela Semanal Cinematográfica

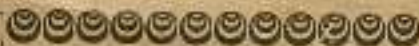
RENACER

por SUZY VERNON

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barriarà, 16; Madrid: Caños, 1



FORMIDABLE ÉXITO DE

La Novela de la Modistilla.

Publicación semanal
de asuntos sentimentales

Números publicados:

¡Y supo defender su amor!
por F. M. Bataigne y A. Bayón

El despertador
por José Reygadas

La Reina de las Modistillas
por M. de Alba

Este sábado:

El amor que no engaña
por Francisco-Mario Bataigne

Precio: 30 céntimos



Una publicación

de novelas modernas hacia falta,
y este hueco lo ha llenado

La Novela del Chofer

publicación semanal

Números publicados:

La amiguita del chofer
Por qué se mató mi novia
Mi aventura de París
En la parada del "Palace"
Memorias de un "Taxis"
contadas por él mismo
La caprichosa
El chulo

Precio: 30 céntimos